

LOS DEPORTES EN CASA



CUANDO desde nuestra butaca contemplamos por la televisión un partido de fútbol nos damos cuenta de que, paradójicamente, estamos devolviendo a este deporte su condición primigenia y pura. Ya no hay entonces "campo contrario"; el partido tendrá que desarrollarse sin nuestro apoyo físico, sin el aliento de nuestro griterío, sin banda sonora. En suma, los jugadores prescindirán de la coacción que nuestra presencia ejercería sobre ellos en el campo, reducidos a la elemental creación de su juego. La existencia de las pantallas de televisión fue una de las previsiones que hace poco incluyó en su diagnóstico don Santiago Bernabéu al hablar de la posibilidad de que el estadio de Chamartín pasara a manos de una compañía constructora. Si cada día es mayor la posibilidad de que los partidos de fútbol sean un espectáculo hogareño, es evidente que el papel de los estadios, y principalmente de los estadios de gran capacidad, se halla seriamente comprometido. Bastarán en adelante campos de reducida estructura, para unos cuantos millares de espectadores, en lugar de las enormes cazuélas que se han construido en Madrid y en Barcelona en los últimos tiempos.

La aseveración de don Santiago Bernabéu responde a una lógica y es consecuencia de madura y provechosa reflexión. Puede ser que algún día el fútbol sea un espectáculo "retratable", encerrado en unas cajas redondas de latón y servido en cintas de celuloide. Este fútbol en conserva no abarcará nunca, no obstante, el panorama y la extensión total del juego. La retransmisión de un partido cortado en recuadros nos impide muchas veces columbrar la totalidad de la jugada, en los largos desplazamientos de la pelota. El juego de fútbol que se practica hoy, de pases cortos y medidos, cabe en lo que, en expresión cinematográfica, se entiende como "plano medio". Pero el fútbol requiere muchas veces, todavía, como en los tiempos anteriores a las tácticas, el "plano general", con cambios de juego de un extremo a otro del campo. En estas ocasiones, la cámara se ve precisada a seguir a porciones el recorrido de la pelota sin que el espectador vea, como ve en el campo, la intención de la jugada en su totalidad. Para paliar ese inconveniente quizá llegue un día la ocasión de fabricar para el fútbol una televisión panorámica como la del cine de hoy, capaz de contener, a la vez, la jugada individual y el conjunto trepado de jugadas de largo dispositivo.

Entre tanto, otros son los deportes que parecen nacidos para su retransmisión televisada. Uno de ellos, sobre todo, se ajusta a los módulos y dimensiones de la televisión, y es el baloncesto. Confesamos que no habíamos tenido ocasión de ver de verdad este deporte hasta que nos lo han servido en bandeja, en el hogar, y por medio de la pantalla pequeña. Al aire libre, nos hubiera dado —como nos daba— la impresión de un ajeteo escolar escasamente emotivo. Bien es verdad que le faltaban a ese deporte las condiciones de espectacularidad, de aparente violencia, que tienen otros cuya base es la pelota; el fútbol o el rugby, por ejemplo. Oficialmente, el baloncesto era, visto a distancia, un entretenimiento un poco inocente de unos individuos enfrascados en colgar una pelotita de cierto cesto un poco elevado. La televisión nos ha convencido de lo contrario. Nos ha convencido de la esforzada pugna, de la dura condición de este deporte y de los que lo practican. Las dimensiones de los campos están provechosamente proporcionadas al espacio que la cámara es capaz de recoger. Y mientras en el fútbol ésta no es capaz de darnos la totalidad de acción de la jugada, en las canchas de baloncesto seguimos la veloz sucesión de pases, el intríngulis del juego, sin que se desperdicie ni un palmo, ni una pulgada, ni un detalle de interés.

Los malabarismos y las picardías de aquel equipo de jugadores que son los "Globe Trotters" hizo escaso favor al desarrollo de este deporte. Los "equipiers" de aquel conjunto, profesionales del humor y del "gag" circense, fueron una mala embajada para los indecisos, para los que pudieron pensar en adelante que el dominio del juego era cuestión de pocas tablas. Resultaba aparentemente tan sencillo y elemental manejar el balón, darle

unos botes, insistir en cómicas y andariegas travesuras, colgarlo luego del cesto o rebotarlo en un contrincante, que todo pudiera ser muy bien una fórmula alevosa de habilidad, ensayada y sistematizada. En aquel espectáculo, el deporte se convertía en "show" de sala de fiestas y en esa degradación iban a ser muy pocos los que se atrevieran o se sintieran inclinados a la práctica sincera del ejercicio y de la pugna física. Afortunadamente, la práctica del baloncesto en nuestro país no ha quedado alicortada por aquellas exhibiciones.

A través de las pantallas de la televisión, el baloncesto parece crecer, multiplicar su interés y sus gracias. La aparente facilidad con que se obtienen los tantos nos hizo creer que la incógnita de la lucha se resentiría con el elevado número de aciertos, que a veces distancian de manera irremediable a los dos equipos desde el principio. Nada de eso. Quizá las reacciones de uno y otro bando sean más imprevisibles y veloces que en cualquiera otro de los deportes. Y por tanto, comprendemos perfectamente la pasión de los "hinchas" y el tono angustiado y apasionado de los seguidores de los equipos, en su afán de apoyar al bando favorito.

olimpiada y paz

Los equipos técnicos de la televisión, a escala internacional, están ya ensayando las conexiones necesarias para que todos los rincones del mundo, aun los más alejados del escenario en que se desarrollarán, podamos seguir las incidencias de las grandes competiciones que formarán el programa de los juegos olímpicos a celebrar en el Japón. De modo que por primera vez, sin desplazarnos de sitio, seremos privilegiados espectadores de una Olimpiada. El certamen, que arranca de la Hélade y que tiene en su nomenclatura resonancias clásicas, merced a los servicios intermediarios del "Telstar", mezclado a las estrellas, será observado y compartido por millones de seres.

Cuando la otra noche estuvimos presenciando por televisión las sutiles reverencias de las personalidades japonesas ante las cámaras, en las reuniones de prueba de la emisión internacional, nos parecía que hubieran transcurrido siglos desde la fecha en que, sigilosamente, toda la armada japonesa se aproximaba a Pearl Harbour, a través de un periplo de veinticinco singladuras, sin que nadie en el mundo sospechara ni pudiera evitar la terrible agresión. Hoy, al cabo de cuatro o cinco lustros, la extraordinaria trágica hazaña ya se advierte como el último capítulo de ese tipo de acciones. Al preparar la Olimpiada y exportarla al mundo entero, el Japón ofrece la réplica pública de aquellos sigilos y secretos históricos. Una de las garantías del mundo actual es la imposibilidad de ocultar sus propósitos. El radar y la televisión no son frutos casuales de la técnica, sino signos de distensión por los cuales los hombres de la tierra saben que están inaugurando el tiempo sin máscara y sin artificio.

En la incruenta y deportiva pugna entre Rusia y los Estados Unidos por alcanzar los primeros el espacio exterior, existe todavía una desconfianza, que pudiera recordarnos los silencios de todo orden en el curso de la operación marítima japonesa de Pearl Harbour. En efecto, los cohetes rusos parten con sigilo, descubren su parábola cuando ya ha sido dibujada en los espacios y su publicidad depende del éxito o del fracaso en los resultados. Puede ocurrir que el proceso de la investigación dé, no obstante, por resultado, que las dos fuerzas paralelas capaces de alcanzar la Luna puedan hallarse a mitad de camino. El signo de los tiempos es transparente. ¿No podría el satélite "Géminis", ya lanzado a los espacios para dos tripulantes, ser algún día la síntesis de esa dualidad? El maridaje científico entre las dos potencias bien pudiera, simbólicamente, realizarse en los espacios, en alguno de esos cohetes biplazas que ya se fabrican y que, en los mejores capítulos de un libro de "science-fiction", pudieran dar origen a la futura nueva humanidad, pobladora de espacios.

El deporte y la Olimpiada se acercan visualmente a la gente, a la vez en que el contenido más trascendente de la época parece construirse y diseñarse con los módulos de una elevada y pugnaz competición deportiva. Esos acercamientos, esas conclusiones, son la paz misma, de la que no se habla, pero que se patentiza y exhibe en los comunicados. Los delicados varones japoneses que nos dirigieron la palabra la otra noche, samurais con frac, abrían los ojos de las gentes, sin reservas, para dejar constancia de la luz de la época, deladora de sombras y secretos.